





LAS LUCHAS  
DE DEMETRIO DEAL  
PANDEMIA 2020



Francisco Tosi

LAS LUCHAS  
DE DEMETRIO DEAL  
PANDEMIA 2020



Primera edición: abril 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Tosi

ISBN: 978-84-10253-30-8

ISBN digital: 978-84-10253-31-5

Depósito legal: M-9959-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi esposa Maria Julia y nuestra hija Eugenia Julia.  
Al maestro Fernando Sánchez Sorondo.*





## Prólogo

La implacable rueda de la modernidad va dando sus vueltas. En el transcurso de una vida, especialmente si es lo suficientemente larga, los escenarios van cambiando. Como diría Séneca la vida es corta o larga según como se la usa y concluiría Sennet que cambia más frecuentemente la persona que el paisaje inmobiliario que la contiene. Le ocurre a Demetrio Deal, el protagonista de estos cuentos, que en la madurez de su ministerio sacerdotal se encuentra con una sociedad muy diferente de aquella en que sintió el sagrado llamado de la vocación. En aquel entonces, la parroquia era un centro de vida de la comunidad, y el sacerdote a cargo contaba con una estructura articulada de apoyo propio. Una gran cantidad de personas acudían a las misas y a las múltiples actividades que se organizaban. Había recursos, la iglesia era en verdad, bien o mal asamblea de todos. Existían críticas pero también respuestas.

Demetrio se encuentra, en el transcurso de estos relatos, ya bien entrado el tercer milenio con que abundan las primeras y faltan las segundas. Sus energías ya no son las de antaño y los problemas son cada vez más complejos, inversamente proporcionales a los recursos. Para colmo vino la peste del covid-19.

No se rinde. No se escapa. Sigue.

Estas son algunas de sus historias que he dividido entre precuarentena y postcuarentena.



PRECUARENTENA



## Conversaciones con Dios

Demetrio Deal, párroco de Santa Teresa, estaba barriendo el baptisterio, cerca de la pila bautismal. Había faltado la mujer que ayuda en la limpieza, solo vino el hombre que también colaboraba para avisar que estaba engripado y no podía trabajar.

—Vaya tranquilo, don Esteban —le dijo el cura, y quedó a su cargo sacar el polvo y la suciedad de la noche anterior hasta la misma mañana, para preparar la misa vespertina, la de las 19. De pronto, vio un sobre en el suelo, oscuro, disimulado en la penumbra. Lo deja apoyado arriba de uno de los bancos y termina la tarea. Al fin, cansado, haciendo lo mejor que puede, queda todo más presentable y se va a la sacristía. Tiene que terminar el reporte al vicario y pensar en tantos temas pendientes que lo abruma. Mecánicamente recoge el sobre. Se sienta en la dura silla de madera, todavía hay luz en esta media tarde de invierno. Como puede va acomodando todo lo pendiente. Lo clasifica en urgente, urgentísimo e insoluble. Satisfecho con este primer paso y filtro, mira el sobre. Está abierto, lo examina desde afuera. Es evidente que quiere saber que contiene. Tantas veces ha visto sobres que le han dejado con tentaciones varias, pornografía, insultos o inclusive testimonios delirantes de experiencias místicas. Pero igual, el cura, a nada le escapa. «Nada te turbe, nada te espante, solo Dios basta», como decía la santa, por eso tampoco teme. Sigue revisando. En el sobre hay una página escrita. Un título: «Palabra de Dios», más abajo, al pie, «Conversaciones con Dios», firmado por un nombre compuesto y un apellido. No lo conoce. Tal vez sea una firma muy famosa y prestigiosa,

pero a él, modesto religioso de parroquia, no le suena.

No es un panfleto provocador, no parece. Más bien un ensayo. Primero lo lee en diagonal, luego con más detenimiento. Es correcto, tiene forma epistolar, bien escrita.

—¡Con todo el atraso que tengo, lo único que me falta es meterme en estas diatribas!

Demetrio lee por tercera vez la página impresa. Es un sacerdote diocesano en su plena madurez. Ha visto mucho en su vida. A los sesenta y tantos, la pasión de la fe se ha ordenado y disciplinado a la finalidad de su ordenación: la cura de las almas. Especialmente las almas en pena. Es posible esa sea la razón de su insistencia. Al fin deja a un lado la hoja con la conversación con Dios. Instintivamente mira hacia arriba, y distingue claramente la humedad del cielorraso. Esto le recuerda la carga de su responsabilidad, la del funcionamiento de la parroquia de todos los días. Agarra con firmeza lo que había definido como urgente. Una eficiencia inesperada, lo hace liquidar cada uno, uno tras otro, hasta el insoluble, todos los trámites. En un santiamén. Demetrio es alto. Termina la tarea y se estira en la silla, cuan largo es. Aún falta para la misa. Impulso, servicio o inspiración, agarra de nuevo la hoja ya lejos de su sobre protector. Sin previa lógica ni razón alguna, se pone de pie y saca un papel blanco, niveo a la luz del crepúsculo. Hay una buena cantidad en la bandeja de la impresora, por las dudas, toma otro, así son dos. Sin un argumento planeado, se larga a escribir. No se da cuenta cómo y qué rápido castiga el teclado de la vieja computadora de mesa. Es un ratito, en un frenesí, cubre la hoja con sus frases. Son sus humildes respuestas a la lectura. Quisiera seguir, pero se detiene, piensa que con esto es suficiente. Cuando era más joven le gustaba leer sus escritos en voz alta. Tal vez por su inseguridad, necesitaba el sonido de las palabras en su propia voz, para conformarse y animarse así, al juicio ajeno. Por eso lo lee, no le gusta mucho, pero es mejor que nada.

Corrige la ortografía con la ayuda de la máquina, saca algunas palabras, agregas comas. Lo lee de nuevo.

Estimada hermana, amiga o lo que quieras ser. Nadie está predestinado, sino que con su palabra y obra que a sí mismo define. Yo soy Demetrio. No soy Dios. Vos sos María Rosa, entiendo que vos tampoco sos Dios. Por eso te escribo. Las campanas repican en tu historia como en las de los que estuvieron y los que vendrán. Yo, que como te dije no soy Dios, no conozco si los infortunios de tu vida, o los de la lógica científica, de la caridad por explotación o del devenir de la ciencia que hayan sido crédito o débito a la perfección. Que esa sí es Dios. Pero, querida María Rosa, en algo tenemos que creer, superior, perfecto y universal. Como el amor sublime y perfecto tiene en nuestra vida material tropiezos y dificultades, así la vida del espíritu resplandece en la utopía. ¿Dónde está la utopía? En lo perfecto. ¿Dónde está lo perfecto? Ahí está la cosa.

Para mí que solo soy Demetrio, lo perfecto está en Dios, un poco lejano las más de las veces y otras, en los escasos logros o aun en los profundos abismos, cercano. Y para los psicópatas que blasfeman en el nombre de Dios, en el gran final, les queda la esperanza posible del perdón. ¿Qué más querés?

Quisiera escribir más, pero se hace tarde. Pone la hoja dentro del sobre y la vuelve a dejar, solo con su respuesta, en el mismo lugar donde la había encontrado.

Tiene ganas de escribir afuera algo como *fiat voluntas tuas o ad maiorem gloriam dei* o *adonai, adonai*, pero comprende que es una provocación estúpida. Vuelve a la sacristía para prepararse para la misa. Se queda pensando. Rápido va a buscar una de las lamparitas que funcionan y la cambia por la que está quemada justo cerca de donde dejó el sobre, para poder ver bien desde el altar o el púlpito si alguien lo recoge.

Demetrio, como se sabe, no es Dios.





## Ausencias

Demetrio recibió a Gabriel, después de varios años sin verlo. Se habían encontrado, la última vez en lo del visitante, en San Carlos. Aquellos días fueron muy agradables, a pesar del frío, por las largas charlas, en el fondo, al lado de la casa parroquial. Justo atrás de la iglesia blanca, de dos torres al frente y una sola nave. Demetrio se acordaba siempre de las lápidas que habían sido reconstruidas, ordenadas y expuestas por el trabajo generoso de tantos vecinos y amigos, bajo la atenta dirección de Gabriel. En una esquina de la plaza donde estaba la iglesia, justo enfrente, al lado de la estación de policía, quedaban las ruinas reconstruidas de parte del fuerte y un viejo cañón. La iglesia clara, al lado de la radio brillaba a mitad de la cuadra. Habían ubicado detrás del final del edificio blanco consagrado al santo reformador, san Carlos Borromeo, placas de piedra apenas pulida, como si fuera un cementerio, con grabados los datos esenciales de esclavos fugitivos, soldados, oficiales, pobladores y anónimos solo identificados por su edad y sexo, algunos de ellos probablemente alcanzados por el fuego de aquel cañón, exhibido afuera...

La iglesia estaba casi siempre vacía y la combinación de historias de la pequeña crónica de dos siglos atrás, con la nostálgica decadencia del templo, habían marcado a Demetrio, con la huella del recuerdo.

—Gabriel, ¿por qué ocupaste tanto tiempo en reconstruir estas lápidas?

—Porque tenía los datos en los viejos libros parroquiales y era una gran oportunidad.

—¿Pero por qué perder tiempo y recursos en esa reconstrucción en lugar de pintar y reparar la humedad?

—Me pareció que traía a presencia esos ausentes. La gente recuerda mejor lo que ve.

—Es que es el bien por el bien mismo.

En su momento le había parecido una respuesta como para terminar la conversación y cambiar de tema.

En verdad eran tantos los problemas y las preguntas sin respuestas, que ese era, probablemente un asunto menor.

Cuando Demetrio supo que venía Gabriel de visita, lo primero que recordó fue justamente esa conversación. No tenía en la cabeza todo el resto que comentaron y las experiencias que intercambiaron, cada uno en su diócesis, le había quedado impreso lo del cementerio y esos nombres de renovada presencia.

Santa Teresa también era una iglesia que pasaba la mayor parte del tiempo vacía. Era un problema general, no particular.

—No he sabido armar un grupo de personas interesadas en venir —confesaba abiertamente Demetrio a Gabriel, párroco de San Carlos.

—Nos pasa a todos, Demetrio.

La conversación languidecía, como la tarde que se estaba transformando en noche.

—Me acuerdo cuando me comentaste tu propósito con el cementerio.

—¿Qué te acordás?

—Me dijiste «traía la presencia de los ausentes».

—Que los habías tomado del libro parroquial de las defunciones.

—Es verdad.

—Yo también quisiera traer la presencia de los ausentes.

—¿Tenés un libro de los muertos en la fe?

Demetrio Deal, el párroco, era hombre de entusiasmos e inspiraciones.

—No, no lo tengo y no sé si quiero tener ese registro. Aunque como me sugerís, en algún lado debe estar.

—¿Cuál es tu idea?

—Necesitamos a los ausentes. Más que nunca.

—¿Y entonces? —cada vez más interesado, preguntaba el párroco carolino.

Así fue que Demetrio le contó su idea a Gabriel.

Pasaron varios años. De nuevo Gabriel fue a visitar a Demetrio a la parroquia. Quedó admirado por la colección de pesebres que inmigrantes napolitanos habían hecho y donado muchos años atrás. Cada uno identificado con un nombre de algún ausente. Tenían un sistema de iluminación natural muy ingenioso, durante el día. Algunos turistas pasaban a visitarla. De vez en cuando dejaban monedas o mínimas donaciones.

—¿Has logrado que la iglesia esté llena?

—Para nada. Más o menos como antes.

—Pero estoy muy contento con haber tenido la idea y haber podido recuperar los pesebres.

—El bien por el bien mismo.

Los dos hombres maduros y fogueados por el transcurrir de la vida y la contemplación serena de las vueltas de la historia, con alegría, se dieron, sin palabras, un gran abrazo.



## El abrazo

El padre Deal está inmerso en un sopor hace más de media hora.

—Para mí está durmiendo.

Dice Carmen, una de las mujeres de los lunes. Así se autodenominaron las amigas, sostenedoras, organizadoras y verdaderas columnas portantes de la parroquia de Santa Teresa. Demetrio Deal las llama de otra manera: las ecónomas a cargo. Es un nombre más canónico. El asunto es que las cinco mujeres vienen todos los lunes. De 17 a 19 horas. Hasta la misa vespertina.

Precisamente ahora, a las 18, están haciendo un intervalo en su reunión para la organización de la colecta, la que se hará en todas las parroquias de la Argentina el próximo 9 y 10 de Septiembre.

De pronto Demetrio se pone de pie y con todo su aspecto juvenil y enérgico de sus 62 años les dice:

—Se me ocurrió una buena idea para movilizar la colecta.

—¡Estaba pensando, entonces! —dice por lo bajo Eulalia, con admiración.

Pero las primeras palabras de la explicación son interrumpidas por un grito.

El grupo está reunido en una pequeña oficina al lado de la sacristía. En la puerta se lee *ECONOMATO*. Salen todos, los seis, en dirección al grito. Viene desde dentro de la iglesia. Del lado de la capilla de San Sebastián, también llamada «de las medallas», por los numerosos exvotos que hay allí, sobre las paredes a ambos lados del altar. Hay poca luz.

Rudecindo, el sacristán, electricista, carpintero, albañil, se mueve confusamente entre las sombras. Demetrio es el primero en llegar. De inmediato comprende lo que está pasando. Trata de detener las cinco mujeres pero ya están a su lado. Eulalia cae desmayada. Carmen se para delante de las otras dos. Hay un hombre con una capucha negra que apunta a Rudecindo con algo brillante. Debe ser un arma, una pistola o algo parecido.

El intruso debe haber sorprendido a Rudecindo, entrando por la puerta trasera y ha abierto o hecho abrir la pequeña reja que separa el altar y las ofrendas de los primeros escalones de la capilla.

—¡Todos al suelo!

Ruge su voz de mando. Retumba en la acústica gloriosa profanada. Demetrio no pierde la serenidad.

—Tranquilo, no estamos armados.

—Eso ya lo sé. ¡Todos al suelo!

Obedecen. Siete personas quedan quietas sobre el suelo oscuro y frío.

—Andate antes que entre alguien o te escuchen afuera. Falta poco para la misa.

Demetrio tiene miedo. No solo al ladrón y su amenaza, sino que alguien entre y se arme un tiroteo o una pelea. Tiene una idea.

—¿Para qué querés llevarte las ofrendas? Nadie te las va a comprar. Robadas son malditas.

—Igual, por las dudas me las llevo. Dame la plata que tengas y lo que llevan encima.

El cura siente que el asunto se está poniendo complicado.

En un instante se prenden todas las luces y para sorpresa de todos echa a andar a pleno el órgano (es decir la grabación que hace de órgano).

El encapuchado parece que reacciona y les va a disparar.

Es un instante supremo y ruidoso.

Al fin larga una puteada, abre la puerta del fondo, por donde había entrado, y sale corriendo.

Solo se escucha el ruido de algo que cae al piso.

—Qué raro. Tiró el arma —comentan.

Al mismo tiempo, por el frente aparece Rodrigo, el gran amigo de Demetrio. Ingeniosamente al llegar había comprendido todo sin dejarse ver. Se le había ocurrido prender todas las luces y al mismo tiempo poner la grabación al máximo volumen.

—Rodrigo, estuviste genial.

Le dice Demetrio admirado por la presencia de espíritu de su amigo. Mientras camina unos pasos tras el rastro del ladrón y levanta lo que había caído al piso: una pistola de juguete.

—El primer juguete para la colecta —dice triunfante y le da una bendición simbólica.

Esa tarde, bajo las luces que brillan como nunca y protegidos por un avemaría esplendoroso todos se fundieron en un abrazo reparador. De inicio a fin, espejo de la Providencia.





## El trato del padre Deal

Demetrio Deal, párroco de Santa Teresa, tiene 62 años, aunque, como muchos clérigos tienen una edad indefinida, después de la mitad de la vida todos parecen bastante mayores. Su hermano Pedro es escribano, un hombre tímido y retraído, solo dos años menor. Hace dos meses murió su esposa, Delfina. Una mujerona que hacía poco honor a su delicado nombre, pero acomodaba todas las relaciones públicas, tan útiles en el negocio notarial, que Pedro, por carácter y personalidad no podía hacer. Su muerte violenta e inesperada, había consternado a Pedro. La pobre había sido asesinada al resistirse a un asalto, en pleno centro de la ciudad y bajo el sol de mediodía. Solo defendía su cartera. Posiblemente haya sido una reacción de temperamento más que la defensa de dinero o lo poco que ese día llevaba. Dos delincuentes, ágiles y rápidos habían escapado sobre una moto. A la vista de todos.

Habían tenido una hija, que habían llamado con el anticuado nombre de Rosalinda. Ahora, a los 33 años, profesora de gimnasia en varios colegios, se había acercado mucho al padre, para compartir la gran pérdida. Delfina había sido el motor de la familia, con su vozarrón y su presencia exuberante era la que hablaba y decidía por los dos. Y ellos estaban conformes. Pedro era ya la tercera generación de escribanos. Había trabajado siempre tranquilo pero seguro y con una clientela solvente y continua. No era millonario, pero había juntado un buen capital, rentas financieras, inmuebles y algunos títulos públicos que el mismo administraba con un consultor en el extranjero.

Demetrio había tenido también un tercer hermano, era el menor de los Deal. Había muerto hace muchos años. Felisberto Deal había intentado encontrar fortuna con una inversión en Nicaragua. No solo no había encontrado la fortuna sino además había terminado enfermo a los pocos meses. Gracias a Pedro había vuelto a la Argentina, pero a los pocos meses el dengue hemorrágico se lo había llevado. Dejaba una exesposa que nunca más encontró, nadie más de la familia, solo una hija pequeña. Pedro, bajo la recomendación práctica de Delfina la llevó a vivir con ellos en el departamento de Arenales y Suipacha. Así creció Sol, que hoy tiene 18 años y ya va consumiendo el primer año de psicología. Lo ha hecho con pasión, devorando el conocimiento.

Pedro se lleva muy bien con Sol, a pesar de la diferencia de edad. Le sorprendió cuando, a sus 17 años, le comentó, así como al pasar, que había leído la obra completa de Freud, todos sus 26 tomos, algo de Jung, Winnicott, Klein, Bleger, Aberastury, ya que llegaban los libros todos los martes con el diario La Nación.

Todos habían quedado muy golpeados por la muerte de Delfina. La que parecía la esencia de la vitalidad, la vida misma en su pulsión excelsa, había sido frenada y apagada por una sola bala de una pistola casera, calibre 9. Justo le embocaron el corazón. *Fiat voluntas Dei*, había dicho Demetrio con cristiana resignación. Pedro no había expresado su dolor más que con un llanto profundo y silencioso. Una pena profunda y misteriosa parecía haberse adueñado de su ser. Sol y Rosalinda, con espontaneidad, habían llorado, insultado y protestado por la injusticia de la muerte. Ellas, como era de esperar se habían desahogado contra esa dura realidad, hasta tocar el fondo, para luego caer exhaustas en el duelo. El crimen había ocurrido hace varios meses. Sol y Rosalinda estaban saliendo de la flojedad melancólica del recuerdo lastimoso y de a poco recuperando el ritmo de la vida. Como hubiera querido Delfina, repetían. Pedro se había aislado. Desaparecía largo rato, según él para caminar y distraerse. Pero el motivo real era otro.

Demetrio está sentado en la sacristía, en conversaciones con el vicario del obispado. Le está planteando la precaria situación de las dos capillas y el peligroso estado del campanario. Ya la iglesia permanece a oscuras la mayor parte del día porque no hay dinero para cambiar las lámparas de bajo consumo que se van rompiendo, pero sobre todo porque los vitrales están muy sucios y no dejan pasar la poca luz que los edificios de los costado opacaban. Las capillas tanto la de San Sebastián como la de San José estaban que se venían abajo, para no hablar de la estatua de madera de san Carlos. Demetrio comentó:

—No solo el peligro que cayera material sobre alguna persona sino que la falta de brillo y de color no permiten reforzar la fe a través del arte y la belleza. Porque no se ve ni de que se trata. ¡A ver si piensan que San José es San José Fernández y viene algún chino!

—Bueno, padre, por lo menos no pierde el humor —respondió el vicario por la alusión a san José Fernández, mártir en China que se venera el 24 de julio.

—Pero no tengo respuestas. La directiva episcopal es que cada parroquia debe originar sus fondos por la caridad de sus fieles o por la persuasión al Estado. Así de canónico.

El vicario terminó el té, saludó a Demetrio con respeto y admiración por sus años al frente de la comunidad y salió.

Demetrio se sorprendió al ver a Pedro, muy tranquilo sentado mirando al Santísimo.

—Pedro, qué hacés acá, ¿estás bien?

—Es el momento que mejor me siento en estos tres meses desde que mataron a Delfina.

—Ahh —comentó curioso Demetrio.

—Ahora estoy en paz.

—Me parece bien que hayas tomado la partida de tu amada esposa a la casa del señor con serenidad.

—Algo de eso hay. Pero tal vez mi camino haya sido algo distinto —Demetrio comenzó a inquietarse. Lo veía diferente a Pedro. Aplomado sí, pero casi demasiado frío, casi impasible.

—Ayer liquidé a los dos delincuentes.

—Ahh, los denunciaste —afirmó esperanzado Demetrio, aun sospechando algo peor.

—Vos sabés que a mí me gusta hacer las cosas por mi cuenta. Me compré una buena pistola, pagué unos mangos por acá y por allá, me fui acercando a los de la moto. Los pude ubicar. Antes que los mate otro o que ellos desaparezcan, me aposté todo un día en unos pastizales cerca del Matanza. Cuando me pareció que estaban solos, los sorprendí y antes que pudieran reaccionar los maté a cohetazos. Le di tres a cada uno. Numero perfecto dirías vos.

Demetrio retrocedió hasta una silla y se dejó caer mientras razonaba, estupefacto por lo que estaba oyendo e inclusive impactado por las palabras elegidas por Pedro. Hizo caso omiso al detalle de la trinidad.

—¡Estás loco!

—Loco iba a estar si no los mataba.

—¿Qué vas a hacer?

—Me voy a rajar. Tengo todo planeado. Me voy a ir para Costa Rica. Ya le avisé a Sol y Rosalinda que salgo para San José hoy a la madrugada, vía Panamá. Les dije que me voy por dos meses. Después le diré que no pienso volver.

—Vos sabés que canónicamente estoy obligado a denunciarte a la policía.

—No lo vas a hacer. ¿Denunciar a tu hermano?

—¿Vos te das cuenta lo que hiciste?

—Ahora estoy en paz. No sabes lo bien que me siento. Duermo sin pesadillas.

Demetrio no sabía cómo explicarle que había matado dos personas que no se podían defender. Que eso no era una confesión sacramental sino la información de un terrible delito.

—Si me vas a decir que maté dos inocentes y eso es, como dicen ustedes, canónicamente grave, ya te aclaro que no eran ningunos inocentes. De hecho hice un ruido para que se alertaran y ya tenían el arma en puño y el otro una faca, así que

pensalo para tu dogma que fue en defensa propia y que esos no eran inocentes.

»También te informo que establecí un fideicomiso para el arreglo total de tu iglesia de Santa Teresa, campanario incluido. Te va a alcanzar también para restaurar a san José y ponerle color a las flechas.

Pedro se acercó a Demetrio que, incrédulo, lo miraba sin saber qué hacer. Respondió a su abrazo. Demetrio dejó caer algunas lágrimas. Pedro lo abrazó más fuerte.

—Rezá por mí. Este es el trato —dijo Pedro.

Demetrio se quedó mudo. Sabía que la oración es doblemente valiosa para las almas más oscuras.

Le respondió.

—Ese es nuestro trato.

Pocos meses después el vicario se sorprendió al ver la iglesia tan refulgente y radiante. Las personas concurrían y comentaban las bellezas artísticas que avivaban su fe.

—Los caminos de Dios son inescrutables —respondió Demetrio con toda naturalidad.

—Amén —dijeron ambos.

